

Trasvase acrítico de categorías etnográficas a la práctica arqueológica

ASSUMPCIÓ VILA.

Dept. d'Arqueologia i Antropologia-IMF.
Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

ANDREA TOSELLI.

Dept. d'Arqueologia i Antropologia-IMF.
Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

IVAN BRIZ.

Dept. de Prehistòria (Unidad asociada al CSIC).
Universitat Autònoma de Barcelona.

Dept. d'Arqueologia i Antropologia-IMF.
Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

DÉBORA ZURRO.

Dept. d'Arqueologia i Antropologia-IMF.
Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

RESUMEN. En este trabajo queremos cuestionar el uso acrítico en Arqueología de conceptos generados en, desde y para la Etnología que sirvieron de base a nuestra disciplina para la interpretación de las sociedades humanas. Asimismo, demostrar, a partir del examen histórico de estos «préstamos» etnológicos y de su aplicación concreta en el caso *Yámana* que su utilización no ha contribuido al desarrollo de una metodología propiamente arqueológica para abordar este tema, sino que más bien lo ha frenado. Como se desprende del análisis que hemos realizado, muchos de estos «préstamos» conceptuales, comunes aún en Arqueología, ni siquiera en Etnología son siempre pertinentes ni tienen una aceptación incuestionable. En consecuencia, constatamos la necesidad de una reformulación de la relación entre Arqueología y Etnología que nos permita desarrollar una metodología estrictamente arqueológica para acceder a las sociedades prehistóricas y su devenir histórico.

ABSTRACT. In this paper we want to challenge the acritical use in archaeology of some concepts that were generated from Ethnology and that were used as a base for our discipline in order to understand past societies. We would also like to know that, from the historical exam of these ethnological «borrowings» and from its particular application to the *Yámana* case, that its use has not contributed to the development of a properly archaeological methodology to tackle this problem. As it can be deduced from our analysis, many of these conceptual «borrowings», very commonly used in archaeology, nowadays are not even accepted within Ethnology. Consequently, we constatate the necessity of a reformulation of the relation of both disciplines so as to develop a strictly archaeological methodology that will allow us to get access to prehistorical societies and their historical becoming.

Introducción: historia para la supremacía europea y etnografía para el colonialismo

La Arqueología que practicamos y construimos en nuestro presente es producto de un desarrollo histórico concreto, dotada pues de su propia historia. Este pro-

ceso se ha caracterizado tanto por la artificial división de las ciencias sociales en base a los diferentes objetos de estudio, como por la búsqueda en otras ciencias sociales de soluciones para unas limitaciones que fueron autoimpuestas. Una de estas ramas «hermanas» a partir de la que la Arqueología prehistórica intentó construir su capacidad interpretativa social fue la Etnografía. El uso en nuestra ciencia de ciertos conceptos que fueron generados en, desde y para la Etnología y que se adoptaron de forma acrítica, implicó diferentes e importantes consecuencias para la misma.

Las décadas finales del siglo XVIII europeo, y especialmente las primeras del siglo XIX, estuvieron marcadas por un contexto socio-político caracterizado por la expansión colonialista-imperialista occidental y una paralela industrialización de estas sociedades (causa y consecuencia unas de otras). Los efectos de aunar ambos fenómenos implicarían un profundo cuestionamiento tanto sobre la naturaleza del género humano como sobre su antigüedad. En primer lugar, fruto de las remociones de tierras en los procesos de construcción de minas, canales, redes ferroviarias, etc., se hallarían toda una serie de materiales de factura «diferente» y presuntamente antiguos. En segundo lugar, la incorporación definitiva a la economía-mundo de las tierras descubiertas desde el siglo XV posibilitó un contacto, y posterior conocimiento, de sociedades humanas hasta el momento totalmente ajenas al mundo occidental; formas sociales que fueron consideradas inferiores a las europeas, moralmente reprobadas por sus costumbres y creencias, evangelizadas (con mayor o menor éxito) y a las que se dispusieron a someter y explotar.

La necesidad de una información de esta nueva realidad, que fuera descriptiva, clasificatoria, y especialmente operativa y utilizable por los nuevos imperios en el diseño de sus estrategias de explotación resulta evidente.

Tanto la recuperación de los materiales de antigüedad disonante con el creacionismo oficial, como la recolección de artefactos de estas sociedades calificadas de «primitivas», alimentaron las colecciones de los grandes museos europeos. Éstos vivirían en este momento su época de creación y desarrollo como grandes instituciones de referencia científico-académica, productos del positivismo empirista surgido en la nueva «edad de las luces».

Todos estos elementos convergieron en la configuración de las disciplinas versadas en las sociedades humanas, incluidas la Arqueología prehistórica y la Etnografía. Surgidas en un contexto socio-histórico y, por tanto, también académico, marcado por el desarrollo de la teoría evolucionista y la consecuente aceptación de la antigüedad del género humano.

Partiendo de la teoría evolucionista desarrollada en el ámbito de la Biología, varios etnólogos (Morgan, 1877; Tylor, 1865) transfirieron las leyes formuladas desde esta ciencia a las sociedades europeas, construyendo un esquema lineal del desarrollo de la humanidad que iba desde las sociedades más primitivas a las más «evolucionadas» que eran las propias. Mientras las sociedades europeas habrían sido capaces de perfeccionarse en el transcurso del tiempo, como evidenciaban los restos arqueológicos que se iban encontrando, las restantes se habrían quedado estancadas. Evidentemente, el progreso técnico era equiparado a un progreso social, justificando de esta manera el actuar colonialista-imperialista de las potencias occidentales.

Bajo esta óptica, la Arqueología se entendía más como un medio para recuperar la cultura material que reforzara esta ideología, que como una fuerza independien-

te de información histórica. Así, se asumió que la Arqueología prehistórica estaba limitada por lo exiguo del registro material remanente de las sociedades pasadas, especialmente en lo que refería a aquellas más antiguas cuyas características tecnológicas las hacían homologables a la mayoría de las descubiertas en los nuevos territorios. Consecuentemente, la Arqueología prehistórica quedaba imposibilitada para acceder a aquellos fenómenos sociales que no quedaban reflejados en el registro arqueológico así entendido.

Sin embargo, la necesidad de lograr una representación global/completa de las sociedades pasadas continuaba existiendo. Para cubrir este déficit (los datos sociales inaccesibles desde la Arqueología pero considerados como imprescindibles para calificar las sociedades prehistóricas y, por ende, a las propias), se recurrió a la disciplina «hermana»: la Etnografía. Ésta, concentrada en el estudio de las sociedades primitivas, ofrecía a la Arqueología prehistórica una ingente cantidad de datos, cualitativamente excepcionales, sobre sociedades humanas que el planteamiento evolucionista había ubicado en una situación perfectamente paralelizable con el pasado del Viejo Mundo. Y así, mediante un procedimiento circular, inductivo y analógico, los datos de carácter social propios de estos «primitivos» se incorporaron a las interpretaciones sobre el pasado prehistórico. Y estos grupos sociales, evaluados como «simples» en base a su tecnología y a unas relaciones sociales entendidas a partir de la realidad europea del momento, rápidamente fueron asumidos bajo la óptica de la homogeneización a ultranza, y, en tanto que situados en estadios correspondientes a la Prehistoria europea, rémoras del pasado carentes por tanto de historia.

A finales del siglo XIX se manifiesta en Europa una incipiente preocupación por la etnicidad. Esta preocupación está estrechamente vinculada a un nacionalismo creciente, generado por la competencia por los mercados y los recursos a nivel mundial, y por una pérdida de confianza en los beneficios del progreso tecnológico. Todo ello estimulaba la idea de que la humanidad era, por naturaleza, conservadora y que se mirara con escepticismo su capacidad creativa. Esto, por supuesto, se manifestó en la obra de varios etnólogos que basaron sus explicaciones de la diversidad cada vez más en la difusión y la emigración, y cundió progresivamente la consideración de la cultura como la forma de vida característica de grupos étnicos específicos. Por su parte, y en concordancia con esta atmósfera política, «la preocupación de los arqueólogos por los problemas históricos y étnicos les llevó a prestar cada vez más atención a la distribución geográfica de los tipos y conjuntos de artefactos, en un esfuerzo por relacionarlos con grupos históricos» (Trigger, 1992: 145-146). De aquí surgió el uso, aún común, en Arqueología, de la identificación de los conceptos «conjunto de artefactos», «cultura» y «grupo étnico».

Se continuaba manteniendo la idea de que si los restos materiales arqueológicos ofrecían conocimientos potenciales, en todo caso eran muy limitados. La orientación que se estaba dando a la disciplina proporcionaba, a lo sumo, descripciones muy detalladas de series de objetos, clasificaciones y comparaciones formales, distribuciones regionales de materiales y artefactos. Todo dentro del empirismo dominante de la época.

La traslación de las interpretaciones etnográficas a la Arqueología prehistórica implicó, necesariamente, la asunción de las categorías analíticas empleadas por la Etnología. Conceptos como tribu, etnia, territorio, familia o división sexual del trabajo eran añadidos a las descripciones clasificatorias de materiales arqueológicos a

fin de dotarlos de contenido sociológico. La Arqueología prehistórica, quizás por no considerarlo tema propio, se desentendió de una adecuada reflexión sobre estos aspectos sociales, que, en muchos casos, y ya a inicios del siglo XXI, siguen exponiéndose sin excesivos cambios.

Ciencias sociales: separación y nuevas disciplinas

La Etnografía, convertida en Etnología, siguió su propio camino, cada vez más lejos de la Arqueología prehistórica. Una y otra, tal y como ocurrió con las restantes ciencias sociales, consolidaron en el siglo XX trayectorias totalmente divergentes, aceptando que sus objetos de estudio eran distintos y, consecuentemente, también las correspondientes metodologías. Esta separación, cuyo origen radica en la profunda dicotomía establecida entre pueblos con «historia» y pueblos «sin historia», ha prevalecido hasta la actualidad en los medios académicos que han considerado suficiente, para los pueblos sin historia, una descripción etnográfica.

La consecuencia de esta fragmentación de las ciencias sociales ha sido la constante dificultad para poder captar el fenómeno social, tanto globalmente como en sus diferentes manifestaciones. Esta fragmentación llevó a que la Arqueología «ilustrara» el período prehistórico para la Historia europea, y la Antropología proporcionara la «imagen» etnográfica de las «otras sociedades».

Aunque el recurso a los datos etnográficos fue constante en la práctica arqueológica para la reconstrucción de las sociedades prehistóricas, el nacimiento y desarrollo de la **Etnoarqueología** ha sido el único intento de aunar ambas disciplinas explícitamente. Ya desde los antecedentes previos («*Living Archaeology*», «*Archaeology in action*», «*Ethnografic Archeology*», etc.), era planteada como una disciplina que estudiaba desde una perspectiva arqueológica los materiales producidos por sociedades etnográficas a fin de poder establecer relaciones entre estos materiales y la conducta humana que los producía, y que ellos observaban. La finalidad última era trasladar las conclusiones de estas observaciones a la Arqueología, a la interpretación de los datos arqueológicos, y mejorar así el conocimiento de las sociedades prehistóricas.

El uso de las analogías etnográficas (desde misma forma -misma función hasta mismos objetos-misma causa social), muchas veces correctamente criticado, cobró nuevo vigor a partir de la pasada década de los setenta, con el afianzamiento de esta Etnoarqueología dentro de la Arqueología procesual de corte antropologicista, característica de Estados Unidos y de gran parte del contexto americano, en el marco del Neoevolucionismo.

La gran contribución de la Etnoarqueología ha sido básicamente de carácter técnico; se ha concentrado en la importancia de conocer los procesos de formación de los yacimientos arqueológicos, en las «actividades» realizadas en los mismos, etc.

Sin embargo, las analogías etnográficas han continuado utilizándose en la reconstrucción social de las sociedades prehistóricas, aunque ahora se hayan incorporado elementos correctores como utilizar contextos climáticos y medioambientales de las partes en comparación similares.

Una vez más, no se pretende repensar la Arqueología, sino mejorarla desde la Etnología.

Paradojas fueguinas

El estudio exhaustivo de la documentación etnográfica y etnológica sobre la sociedad *Yámana* realizado al principio de nuestros proyectos en Tierra del Fuego (Estévez y Vila, 1995) y el propio desarrollo de los mismos, nos han facilitado la posibilidad de ir más allá de la simple reflexión sobre el uso de estas categorías tanto en Arqueología prehistórica como en Etnoarqueología.

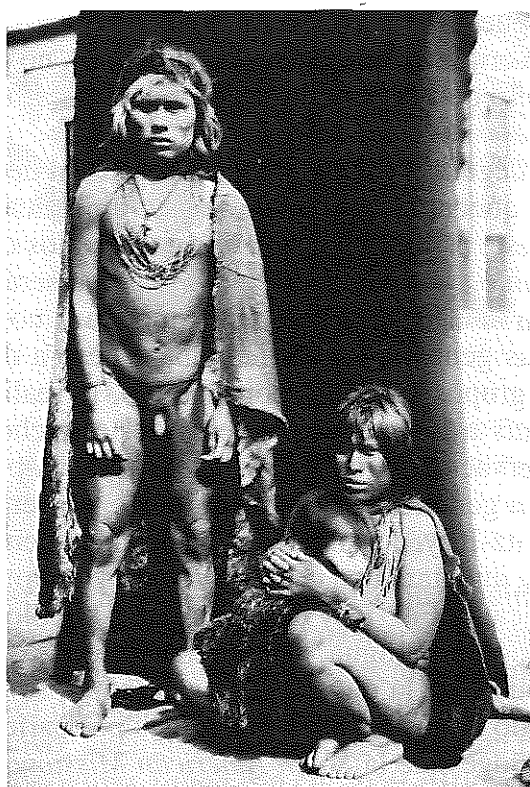


Figura 1. Indígenas *Yámana* fotografiados por la *Mission Scientifique*.

Un primer ejemplo

Una de las categorías a la que tuvimos que enfrentarnos al inicio de los citados proyectos fue la de **etnia** en el marco de los estudios etnográficos, para ver cuál sería su aplicación arqueológica y cuáles sus indicios materiales.

Tradicionalmente, el concepto de etnia ha sido definido como el «(...) grupo de individuos que comparten un cierto número de características comunes —antropológicas, lingüísticas, políticas, históricas, etc.—, cuya asociación constituye una cultura» (Ventura, 1994: 120).

Esta conceptualización, supuestamente más científica, que substituía a categorías anteriores de identificación social como «tribu» o «pueblo», equiparaba los rasgos definitorios de la nueva agrupación social con los de pertenencia a una cultura. O, mejor dicho, con la posesión de un conjunto significativo de rasgos culturales. En definitiva, un instrumento no de análisis sino de clasificación de la diversidad social a la que se enfrentaba (y enfrenta) la Etnología, pero aspirando a

superar los planteamientos estrictamente raciales que tan pobres resultados habían dado tanto en el estudio de «los otros» (las sociedades ajenas a occidente) como, en realidad, de la misma sociedad europea.

Ante su planteamiento de la inaprehensibilidad específica de los conjuntos de rasgos culturales, así como de la inmensurabilidad de los niveles de pertenencia a un «común cultural», los criterios que la Etnografía empleó fueron o bien la supuesta autodefinición de los colectivos sociales, o bien la traslación de los instrumentos autodefinitorios propios de una Europa inmersa o heredera de las revoluciones nacionales burguesas.

Obviamente, estos criterios, ampliamente subjetivos, no pueden ser reconocidos por la Arqueología. Pero quizás por ello eran asumidos y empleados por la Arqueología tradicional.

Las poblaciones fueguinas (de las que la expedición de Magallanes ofrece las primeras noticias) no quedarán al margen de esta dinámica de delimitación y nominalización. Desde este primer viaje, fueron diversos los contactos entre el mundo europeo y el fueguino. Aún así, Tierra del Fuego no será un objetivo importante ni en la exploración ni en la ocupación de América y, con ello, tampoco lo será la identificación de las gentes que allí habitaban. Pese a diferentes encuentros y nominalizaciones de grupos sociales (por ejemplo, la realizada por Bouganville, denominando *pesherais* a las gentes canoeras del estrecho de Magallanes en el siglo XVIII, o las observaciones realizadas por Cook), la población de Tierra del Fuego era denominada genéricamente «fueguinos». No será hasta los trabajos del capitán británico R. Fitz-Roy, desarrollados básicamente en la década de los treinta del siglo XIX, que se intentará una caracterización y delimitación de la población del extremo sur americano. Fitz-Roy describió «tres pueblos fueguinos» en base a sus caracteres morfológicos, lengua, vestimenta y ciertas costumbres.

Treinta años después (en la década de los sesenta), se produjo el inicio de la colonización del mundo de los Canales Fueguinos por parte de Europa.

El reverendo T. Bridges, de la *South American Missionary Society*, co-fundó el primer establecimiento misionero, Ushuaia. Bridges, que domina algunas de las lenguas indígenas fueguinas, fijó la identificación básica de los «pueblos» de Tierra del Fuego: los *Oen's-men* u *Onas* (cazadores-recolectores pedestres especializados en la caza del guanaco), los *Alakaluf* y los *Yaghan*. Estos dos últimos, cazadores-recolectores marítimos especializados en la caza con canoa. La distinción básica entre estos dos grupos se realizará, más que en base a criterios socio-económicos (según la Etnología, la única diferencia material entre ambos grupos es el material empleado para la fabricación de las canoas: madera para el *Alakaluf*, corteza para el *Yaghan*), a partir de criterios lingüísticos. Bridges, sin embargo, no era etnólogo sino misionero.

No será hasta la década de los años veinte del siglo XX que se producirá la gran investigación/recopilación etnológica sobre las sociedades fueguinas (ya casi inexistentes): Martin Gusinde (sacerdote y etnólogo austriaco) coherente con sus bases empírico-positivistas, y participando del particularismo histórico, asumió la división étnica fijada por Bridges junto con las observaciones realizadas por otros autores¹ (figura 1), e incrementó la escala de análisis hasta las variantes dialectales.

¹ Especialmente, Hyades y Deniker (1891), que ya apuntan como, entre la gente *Yamana*, se denominan según la región de procedencia sin implicar una verdadera diferenciación.

Para las sociedades denominadas canoeras (*Kawéskar* y *Yámana*) distinguió, respectivamente, cinco y tres dialectos. Gusinde cambió además la denominación del grupo al que Bridges llamó *Yaghan*, le pareció más adecuado usar la palabra *Yámana*. La separación real entre ambas sociedades (*Kawéskar* y *Yámana*) vendría determinada por un accidente geográfico², la Península Brecknock, que, según escribía, impedía una comunicación fácil y sin riesgos. Paradójicamente, el mismo Gusinde reconoce la convivencia cotidiana de gente de ambos grupos (¡en la misma canoa!), así como la celebración conjunta de ceremonias rituales.

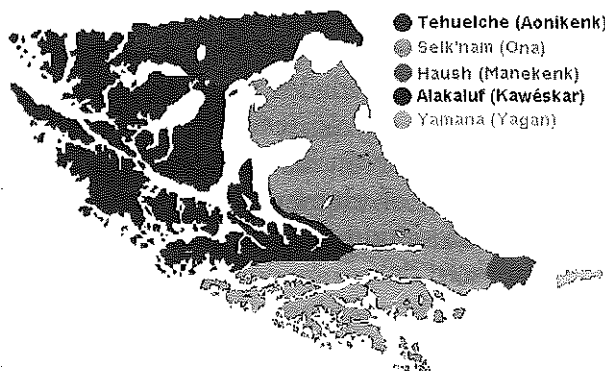


Figura 2. Mapa con la distribución territorial de las diferentes etnias de Tierra del Fuego, según M. Gusinde.

Una relectura ajustada de toda esta información modifica ligera pero substancialmente el panorama en el caso de los grupos marítimo-canoeros. En primer lugar, la sociedad *Yaghan* no poseía una autodenominación identificadora. Sí empleaba el término *Yámana* que el diccionario de Bridges, 1987: 641, recoge como acepción fijada para: humano, vivo, inteligible. El gentilicio *Yaghan* fue creado por el mismo Bridges a partir del topónimo *Yaaga*, op.cit., 659. Bridges recoge, también, para *Yámana*: «By this term the Yaghan tribe distinguished themselves from all other natives who spoke a different language as well as from all foreign peoples, this term primarily means Humanity» (op. cit., 641). Esa fue la causa por la que Gusinde eligió el gentilicio *Yámana*.

Lo paradójico de la interpretación se nos muestra al analizar el conjunto de supuestas etnias. Las gentes canoeras con mayor intensidad de interrelación social poseían una mayor capacidad de comunicación verbal, pese a tratarse de presuntos pueblos diferentes. En cambio, gentes de una presunta misma etnia, pero que vivían en los extremos del territorio asignado por la Etnología, tenían una capacidad de comunicación prácticamente nula.

Recordemos, además, que la distinción etnográfica de estos pueblos no se reflejaba en la cultura material, que era práctica y substancialmente la misma.

² Este esquema interpretativo del accidente geográfico se reproduce al fijar los límites de contacto entre *Yámanas* y *Onas*. En este caso será la cordillera de los Andes (discurre paralela a la costa norte del Canal Beagle). Curiosamente, en la región de la Isla Grande en donde no existe una dificultad geográfica (Península Mitre), «aparece» un grupo social que comparte elementos de ambas sociedades. Coherentemente con el método clasificatorio empleado, se determina e identifica específicamente: la sociedad *Haush*.

Pese a que toda esta información no servía para reafirmar, o directamente contradecía, los presupuestos de los que partía Gusinde para delimitar su objeto de estudio, igualmente forzó los datos, o simplemente los ignoró, para llegar a establecer los supuestos territorios de estas comunidades, sus límites y la lógica defensa de los mismos.

Es decir, en el siglo XX la Etnología, en su necesidad de caracterizar estas sociedades fueguinas (su objeto de estudio), y con el concepto de etnia plenamente asumido, forzó y sobreimpuso sus criterios a los datos (interpretaciones) de los informantes (que constituían su fuente básica de estudio) (Vila, 2000).

Etnógrafos y etnólogos emplearon el concepto de etnia mediante una traslación directa de la realidad social de la que eran originarios: la lengua como elemento definitorio de las diferentes colectividades nacionales europeas. El siglo XIX es el siglo de las revoluciones burguesas y nacionalistas, y de la creación de los estados-nación cuyos máximos ejemplos serán las unificaciones germano-prusiana e italiana. El criterio lingüístico será el elemento esencial para definir los colectivos sociales, criterio que continúa siendo empleado en la actualidad.

Obviamente, este elemento determinante/delimitador de la colectividad social es, en el caso de las sociedades cazadoras-recolectoras fueguinas o en cualquier otra, irrelevante ya que no define una sociedad, y además, aún para aquellos planteamientos que consideran la lengua como elemento esencial que discrimina etnias/grupos, es importante recordar que la metodología arqueológica no es apta para el reconocimiento de la lengua hablada.

Y lo que nos importa como arqueólogos es que todo ello se incorporó de manera «natural» a la investigación arqueológica de manera que al utilizar el concepto cazador-recolector, aunque sea en Prehistoria, incorpora implícitamente otros conceptos, como, por ejemplo, territorios a defender, fronteras, etc. Conceptos nunca contrastados arqueológicamente y constituidos como innatos al ser humano al haber sido incapaces de reseguir su proceso de formación.

Frente a esto, consideramos que aquello que nos ha de permitir efectivamente analizar e identificar definitivamente una sociedad son las relaciones sociales implementadas entre mujeres y hombres para producir y reproducirse. Es decir, qué tipo de relaciones organizaban qué procesos, a cuánta gente implicaban y cuáles eran las intensidades. En definitiva, las estrategias organizativas para la producción y reproducción social. La interrelación particular, históricamente considerada, de estas estrategias, cuantitativa y cualitativamente reconocida, nos permitiría identificar y caracterizar una sociedad dada, diferenciarla de otra/as y entender los procesos seguidos en su historia.

Y estos elementos sí deben ser reconocibles arqueológicamente.

Segundo ejemplo

El segundo ejemplo lo referiremos a la presencia de instrumentos manufacturados con materias primas de origen industrial que aparecen en las colecciones de museos etnográficos. La aparición de este tipo de materiales, no acordes con lo esperable, con lo normal, en la cultura/sociedad en estudio se interpretaría, desde la praxis de una arqueología tradicional, como la prueba de intercambios o de llegada de una población-etnia diferente. Y se entendería también que ambas posibilidades implicarían necesariamente cambios culturales/sociales.

En el caso que nos ocupa, de Tierra del Fuego, el procedimiento arqueológico tradicional, de corte histórico-cultural, impondría el reconocimiento de una «nueva cultura» en la zona.

Sin embargo veremos que en este caso el acceso de las gentes *yámana* a estos materiales exógenos, alejados de su «cultura» normativa, no se explica necesariamente por ninguna de estas dos vías. Además, su incorporación tecnológica no implicó cambios significativos en la sociedad.

La sociedad *Yámana* tuvo acceso a materiales europeos, vidrios y metales, con mucha anterioridad al establecimiento de contactos regulares con navíos europeos (siglo xvii). Antes de esta situación, estas comunidades aprovechaban restos de naufragios: botellas, enteras o no, de vidrio, porcelana y piezas de metal (zunchos de botas, por ejemplo) que recogían en las costas que recorrían constantemente. El uso de estos nuevos materiales incrementó la productividad y/o la rentabilidad en algunos procesos de trabajo (Estévez *et alii*, 2002).

En el caso del vidrio, su respuesta más predecible y facilidad para la talla, especialmente por presión, fueron los factores que lo hicieron más popular en la manufactura de puntas de proyectil y raspadores en comparación con las materias primas líticas locales, más difíciles de controlar durante la talla (*op. cit.*).

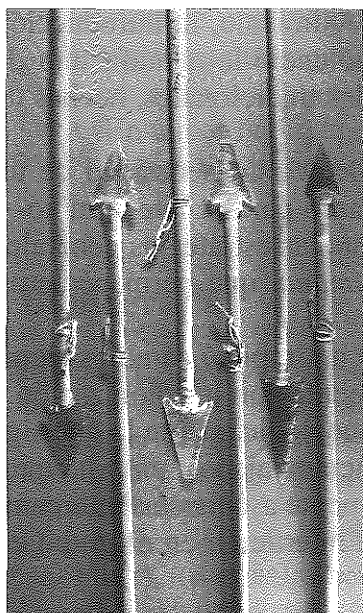


Figura 3 (izquierda): Puntas de flecha en vidrio (*Museum für Völkerkunde S.P.K.B.*, Berlín); (derecha): Puntas de flecha arqueológicas, procedentes del yacimiento Túnel VII.

El uso de metales fue también rápidamente adoptado como sustituto parcial o total de los instrumentos de corte. La mayor resistencia de este material, en comparación con los cuchillos originales —una valva de *Aulacomya* enmangada— fue rápidamente apreciada y generó un intenso uso de este material. Primero, los cuchillos de metal fueron producidos colocando el filo transversalmente, reproduciendo la manera tradicional, y, después, longitudinalmente, a la europea. El metal fue también adoptado para la manufactura de punzones, que reemplazaron aquéllos hechos con huesos de ave, mucho más frágiles. En este caso, los clavos eran insertados directamente en las diáfisis de los huesos (*op. cit.*).

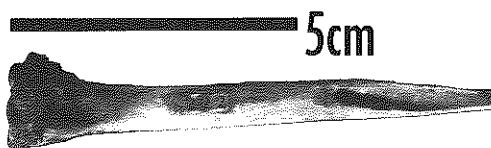


Figura 4. Punzón de hueso (*Musée de l'Homme*, París).

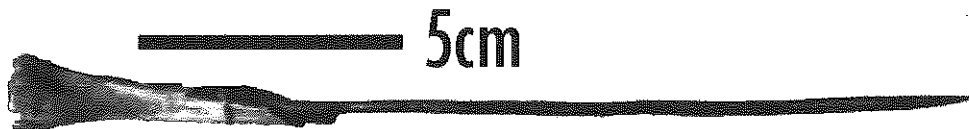


Figura 5. Punzón realizado con hierro y mango de madera (*Musée de l'Homme*, París).

Los análisis de los instrumentos y materiales asociados a los yacimientos *yámana* demostraron que el uso del metal introdujo cambios en otros procesos de trabajo, como por ejemplo el procesado de la madera. Asimismo, la introducción de herramientas europeas de corte, como las hachas, potenció la manufactura de canoas hechas con tablones, que empezaron a sustituir las tradicionales, hechas de corteza.

Estos cambios tecnológicos tuvieron lugar rápidamente, sin necesidad de un contacto prolongado y directo —que promoviera un marco para el intercambio— con la sociedad europea, y no afectaron significativamente las estrategias generales de explotación de recursos o la organización social *yámana*, que permanecieron inalteradas.

Es decir que la introducción de materiales exógenos no implicó cambios significativos a nivel social, lo cual sólo tuvo lugar efectivamente con la colonización.

Este segundo ejemplo nos ha permitido repensar arqueológicamente lo que significa la presencia de materiales exógenos o de instrumentos ajenos, en principio, a la cultura en estudio. Su presencia no debe automáticamente asociarse a intercambios o a presencia real y constante de otras gentes que interfieren en el grupo en estudio.

A partir de aquí insistimos en que es importante reflexionar sobre la manera en que construimos nuestras explicaciones en Arqueología, en las que demasiado frecuentemente se ha asumido que un cambio tecnológico implica automáticamente un cambio en la organización de una determinada sociedad o un reemplazo de población, en otras palabras, un cambio cultural.

Corolario

Este breve examen nos lleva a la conclusión de que la Arqueología ha mantenido un papel más bien pasivo en lo que a interpretación social se refiere, adoptando mecánicamente y sin discusión esquemas teóricos propios de la Etnología, estableciendo analogías etnográficas y formulando inferencias sociales sin ninguna

contrastación real. No parece haber una clara voluntad por parte de los arqueólogos por desarrollar desde la propia Arqueología herramientas metodológicas que permitan abordar un conocimiento verdaderamente global (socio-económico) de las sociedades prehistóricas.

Con los dos ejemplos elegidos hemos intentado poner de manifiesto que el uso de conceptos etnológicos no es pertinente en Arqueología. Sí que lo sería un mayor aprovechamiento de la experiencia y datos acumulados en dos siglos de trabajo etnográfico, aprovechamiento que debería ir dirigido a la prospección de recurrencias o denominadores comunes socialmente significativos, para seguidamente reconocer su fenomenología y construir una **metodología** explícitamente arqueológica.

En definitiva, lo que planteamos es lo siguiente:

- En primer lugar, la necesidad de un cambio en la concepción de nuestra disciplina. La Arqueología como ciencia necesita un replanteamiento a fondo, desde la propia definición, y consecuentemente debemos evaluar las causas de las limitaciones, autoimpuestas, de la metodología arqueológica actual en cuanto a sus posibilidades explicativas.
- En segundo lugar, redirigir la investigación, los esfuerzos, hacia la consecución de una metodología estrictamente arqueológica que nos permita acercarnos a una representación global de las sociedades (lo que incluye la organización social, es decir las relaciones sociales para la producción).
- En tercer lugar, aprovechar el enorme y variado bagaje etnográfico y arqueológico ya existente para empezar a elaborar esas propuestas metodológicas.

Bibliografía

- Binford, L. (1978): *Nunamiut Ethnoarchaeology*, Academic Press, New York.
- Bridges, T. (1987[1933]), *Yámana-English. A dictionary of the Speech of Tierra del Fuego*, Zagier y Urruty, Buenos Aires.
- David, N. y Kramer, C. (2001): *Ethnoarchaeology in action*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Estévez, J. y Vila, A. (1995): «Etnoarqueología: El nombre de la cosa», en: Estévez, J. y Vila A. (coords.), *Encuentros en los conchales fueguinos*, Treballs d'Etnoarqueologia, 1, Universitat Autònoma de Barcelona-Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Bellaterra, pp., 17-23.
- Estévez, J., Vila, A. y Terradas, X. (2002): «The island factor: Insularity as a variable in the archaeological study of the social dynamics of hunter-gatherers», en: *World Island in Prehistory*, BAR. International Series, 1095, Oxford, pp., 107-116.
- Gould, R. A. (1980): *Living Archaeology*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Gusinde, M. (1986 [1937]): *Los Yámana. Los Indios de Tierra del Fuego*, t. II, CAEA, Buenos Aires.
- Morgan, L. H. (1987 [1877]): *La sociedad primitiva*, Endymion, Madrid.
- Padgen, A. (1982): *La caída del hombre natural*, Ed. Alianza, Madrid.
- Trigger, B. (1992): *Historia del pensamiento arqueológico*, Ed. Crítica, Barcelona.
- Tylor, E. B. (1865): *Researches in to early history of mankind and the development of civilization*, J. Murray, Londres.
- Ventura, M. (1994): «Etnicitat i racisme», *Revista de Etnologia de Catalunya*, 5: 116-133.

- Vila, A. (2000): «Dadores de nombres/dadores de identidad. Secuencia para Tierra del Fuego» en: P. García *et al.* (coords.), *Estrategias de poder en América Latina*, Universidad de Barcelona, Barcelona, pp., 45-59.
- Wallerstein I. (1979a): *El moderno sistema mundial 1. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Siglo XXI-España, Madrid.
- Wallerstein I. (1979b): *El moderno sistema mundial 2. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea. 1660-1750*, Siglo XXI-España, Madrid.